

ANTONIO ANNINO Y RAFAEL ROJAS, **LA INDEPENDENCIA. LOS LIBROS DE LA PATRIA**, MÉXICO, CENTRO DE INVESTIGACIÓN Y DOCENCIA ECONÓMICAS (CIDE)/FONDO DE CULTURA ECONÓMICA (FCE), 2008, 244 pp.

En el contexto de las celebraciones por las independencias hispanoamericanas se han multiplicado los estudios, reediciones y reinterpretaciones del proceso político que confluyó en la crisis y desintegración del Imperio español. De la misma manera, han aumentado los esfuerzos por inventariar y sintetizar la producción historiográfica sobre las campañas independentistas. El libro reseñado se inscribe justamente en este intento sistematizador; es en palabras de los autores una reflexión sobre la “manera cómo los sucesivos presentes mexicanos” han interpretado el período que va desde la invasión napoleónica a la Península ibérica hasta el triunfo de la revolución en 1821. *La Independencia. Los libros de la patria*, obra publicada en el 2008, es un trabajo conjunto de dos conocidos historiadores latinoamericanistas: Antonio Annino y Rafael Rojas. El libro se divide en dos partes: la primera, elaborada por Annino y que ofrece un análisis detallado y coherente de la historiografía independentista durante el siglo XIX, y la segunda parte, de Rojas, que empieza con la producción intelectual durante la Revolución mexicana y cierra con los aportes de la llamada “nueva historia política”. Se abordan de esta manera las tres grandes corrientes en las interpretaciones sobre la Independencia mexicana: la de los liberales del siglo XIX, las revolucionarias del siglo XX y las revisionistas de las tres últimas décadas. Al final del libro, el lector encuentra además una exhaustiva lista bibliográfica, organizada cronológicamente por temas, géneros y autores. Esta compilación representa en términos cuantitativos casi la mitad del libro.

La Independencia es –así lo afirma Annino– “el acontecimiento más trabajado de la historia mexicana” (p. 9). Para los historiadores del siglo XIX, que veían su función principal en educar la conciencia del ser nacional, el debate alrededor de “cómo” escribir la historia de la Independencia se superponía con el de la nación. Dicho de otra manera: la forma como los historiadores imaginaban a la nación mexicana, se traslucía en la explicación que ofrecían del pasado virreinal y del proceso independentista; tarea que, como lo demuestra Annino, fue absuelta de manera diversa, pero no necesariamente con-

tradictoria. A diferencia de los intelectuales hispanoamericanos de finales del Antiguo Régimen que habían manejado un discurso autonomista, sustentado en las teorías contractuales sobre la relación entre España e Hispanoamérica, los historiadores decimonónicos subrayan el carácter independentista de la revolución, comprendiendo con ello un proceso radical e irreversible, fundador de un nuevo régimen: el republicano, y de una nueva identidad colectiva: la nación mexicana. “Hacer historia” era “hacer patria”, y la patria de los intelectuales del siglo XIX nacía de la ruptura con el pasado virreinal de las Américas. El problema entonces no se planteaba alrededor de la radicalidad del proceso independentista, sino alrededor de las consecuencias que la revolución traía para el presente, es decir ¿cómo moderar los alcances sociales de la revolución y cómo estabilizar un nuevo orden político acorde a los intereses de las élites? En este contexto, dos eran los imaginarios de patria que, sustentados en los mitos de los héroes insurgentes, dominaban el debate sobre la Independencia: “el mito de Hidalgo que simbolizaba la patria republicana federal y ‘popular’ de los liberales y el mito de Iturbide, que representaba la patria monárquica, centralista y católico-fuerista de los conservadores” (p. 40).

La Guerra de Reforma (1857-1861) y la segunda intervención francesa (1862-1867) significaron el triunfo del liberalismo no solo en términos políticos, sino también culturales. El proyecto conservador fracasó y tuvo que integrarse al nuevo orden impuesto por la *Pax Porfiriana* en 1867. Surge así un período de estabilidad política al interior de la nación imaginada mexicana que dio lugar a lo que Annino denomina “el régimen notabiliario” y que perduraría hasta iniciado el siglo XX; régimen que consistía en un orden social dominado por los notables, compartido y aceptado por todas las facciones. La nueva estabilidad política transformó la función de la producción historiográfica. Ahora ya no se trataba solamente de “hacer historia” para “hacer patria”, sino sobre todo de identificar el lugar de la nación mexicana en la jerarquía de los “países civilizados” y en este sentido, de imaginar la Independencia mexicana como un acto colectivo y voluntario, inmerso en la marcha de las “naciones disciplinadas” hacia el progreso. El positivismo aportó con los valores, las herramientas y prácticas historiográficas para construir este nuevo imaginario de nación, fundamentado en los conceptos de “progreso”, “conciencia” y “obligaciones políticas de los ciudadanos”. El gran proyecto liberal de la segunda mitad del siglo XIX consistió, por tanto, en “escribir una historia general y unitaria de México, desde la época prehispánica hasta el presente, y que sirviera de fundamento para difundir y sostener la identidad nacional mexicana” (p. 68), historia que en el marco del orden poscolonial confrontó, no obstante, a los imagineros de la nación mexicana con el dilema Progreso *versus* Libertad. La disyuntiva estribaba en si explicar la historia de México como el resultado de leyes científicas que ocurrían independientemente de la voluntad humana, o, por el contrario,

si afirmarse en la idea antipositivista de la historia, comprendida como la lucha por la libertad. La primera opción implicaba aceptar la inferioridad americana frente al paradigma civilizatorio representado por Europa del Norte, la segunda, apelaba a la idea de un desarrollo autónomo de la nación mexicana. Como lo expone Annino, los nacionalismos liberales del Porfiriato se distanciaron del positivismo en cuanto este significaba la negación de lo mexicano, e interpretaron la Independencia como el paso hacia la libertad, empresa que en su opinión culminaría recién en 1867.

Si la Independencia fue interpretada por los historiadores decimonónicos como el lugar de gestación de las ideas liberales, para los intelectuales de la Revolución mexicana las guerras contra la metrópoli se convirtieron en el campo de debate donde esgrimir problemáticas sociales, y desde donde se dio paso a la legitimación de un nuevo sujeto histórico, el del campesinado indígena. En la segunda parte de *La Independencia. Los libros de la Patria* el historiador cubano Rafael Rojas ofrece al lector una panorámica, si bien más descriptiva que analítica, de la historiografía del siglo XX. Su exposición inicia con las obras producidas en el contexto de la Revolución mexicana, que coincide a su vez con las celebraciones del primer centenario del Grito de Dolores. Capitalizada por el gobierno de Porfirio Díaz con el objetivo de exhibir la existencia de una nación moderna, la Independencia es presentada como una epopeya de héroes dirigentes de pueblos en armas. A diferencia de Díaz, el presidente Álvaro Obregón prestó poca atención a las celebraciones de 1921 (lo que Rojas denomina “Los silencios del otro Centenario”). En ambos gobiernos primó, sin embargo, la idea de una continuidad entre 1810 y 1910 y de la Revolución como la realización de las demandas sociales y políticas de las masas insurgentes.

En la producción histórica de las primeras tres décadas del siglo XX confluyeron además las corrientes agraristas, indigenistas y marxistas mexicanas, lo cual dio lugar a una comprensión más pluralista de las guerras independentistas, a la vez que creó un espacio discursivo donde debatir las propuestas políticas republicanas, nacionalistas y revolucionarias radicales. Los historiadores Antonio Luna Arroyo y Marte R. Gómez elaboraron, por ejemplo, la imagen de un campesinado indio, de ideas republicanas y tradiciones radicales, que fue traicionado por las élites posindependentistas, razón que los condujo al zapatismo. Con el telón de fondo de la Guerra Civil Española, por una parte, y de las relaciones conflictivas con el vecino del norte por la otra, los intelectuales de izquierda imaginaron una correspondencia ideológica de la tradición popular y anticlerical del republicanismo y liberalismo de México con las tradiciones también populares y anticlericales de la Segunda República española. De igual manera, recrearon una secuencia que iba de las revoluciones “burguesas” europeas a las hispanoamericanas y que confluía

en la mexicana de 1910. La independencia de las trece colonias inglesas no guardaba, sin embargo, relación con los procesos libertarios de la América española.

Durante la Revolución mexicana escribir historia era una tarea de pedagogía cívica, impulsada desde y por el Estado. Fue justamente este el que fomentó una serie de políticas culturales e institucionales, entre ellas la publicación de nuevas series documentales y manuales educativos, así como la creación de archivos y museos, cuyo objetivo era sostener una memoria oficial y triunfalista del pasado insurgente. Rojas no lo enuncia, pero quizá valdría la pena preguntarse si las políticas estatales de los gobiernos revolucionarios no fueron un factor relevante para la profesionalización en el campo de la historia, que tiene lugar en México desde mediados de 1940. Profesionalización que se reflejó en la acumulación de nuevas investigaciones sobre la Independencia, dirigidas muchas de ellas al tema regional, además de la creación y crecimiento institucional y de empresas editoriales. En este acápite del libro quedan, sin embargo, algunas preguntas sueltas: ¿A qué se refiere el autor cuando afirma “la neutralidad investigativa y analítica” (p. 123) de los estudios a partir de la profesionalización del campo histórico? Y sobre todo, ¿cómo se explican –y no solamente en qué consisten– las nuevas lecturas sobre la Independencia? Para los lectores no mexicanistas, el mapeo que ofrece Rojas es de gran ayuda, puesto que ubica los tópicos, autores y obras más relevantes e invita además a (re)pensar las conexiones y paralelos con las historias y los historiadores de otras regiones latinoamericanas. El indiscutible aporte sintetizador se habría enriquecido, si además se contextualizaban los debates sobre la Independencia en la dinámica de ruptura y renovación que se produjo en el ámbito internacional a raíz de la Segunda Guerra Mundial. Nos referimos, por ejemplo, al diálogo de la historiografía mexicana con el materialismo histórico, las propuestas de la Escuela de los Annales o la historia social y económica británica. Esta observación es válida también al momento de abordar la revalorización de las Reformas Borbónicas. Calificadas como “segunda conquista de América” (Lynch) o como “revolución en el gobierno” (Pietschmann), las reformas político-administrativas y contradicciones sociales que tuvieron lugar durante la segunda mitad del siglo XVIII y que intensificaron las relaciones coloniales entre la Metrópoli e Hispanoamérica, han sido interpretadas como un conjunto de causas que desembocó en la Independencia. Los cambios en el discurso historiográfico podrían, sin embargo, comprenderse mejor, si se incluye en el análisis la incidencia de las luchas anticolonialistas en África y Asia en las formas de pensar la historia latinoamericana.

El libro concluye con la exposición sobre la renovación profunda que significó la “nueva historia política” para el debate sobre la Independencia y

que trasladó el epicentro de la explicación de la segunda mitad del siglo XVIII al año 1808. Los acercamientos desde la historia intelectual, especialmente las investigaciones de François Xavier Guerra y Jaime E. Rodríguez, que apuntan a la creación de un espacio público y a nuevas “modernas” prácticas políticas a inicios del siglo XIX, son fundamentales en este giro historiográfico. Un trabajo como el de Eric van Young –*La otra rebelión. La lucha por la independencia de México, 1810-1821* (2001)–, que justamente pone en tela de juicio la “modernidad” de los sujetos campesinos en sus luchas independentistas y que enriquece la reflexión científica sobre la crisis del sistema colonial, no es, sin embargo, merecedor de un análisis más exhaustivo por parte de Rojas. De igual manera, se desatienden los estudios inscritos en el debate de la subalternidad. Así por ejemplo, el estudio de caso de Peter Guardino –*The Time of Liberty. Popular Political Culture in Oaxaca, 1750-1850* (2005)– que analiza las formas cómo los sectores populares recrearon los conceptos modernos introducidos por las élites ilustradas. La segunda parte del libro, que dicho sea de paso, comprende la parte más corta del mismo, no agota entonces todas las lecturas sobre la Independencia, dejando de lado especialmente las historias “desde abajo” y que justamente dan lugar aquello que, según Rojas, es una de las características fundamentales de la historiografía mexicana de las últimas décadas: la diversidad, diferenciación y pluralidad de las miradas.

Galaxis Borja González

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

MANUEL ESPINOSA APOLO, *INSUMISA VECINDAD. MEMORIA POLÍTICA DEL BARRIO SAN ROQUE*, QUITO, EDITORIAL TRIBAL/QUITO ETERNO, 2009, 201 pp.

No se debe juzgar un libro en función de lo que no dice, sino más bien en el marco de aquello que en sus páginas iniciales se propuso mostrar (el problema planteado), y la imagen que finalmente logró dejarnos (si logró o no acometer tal problemática y cómo lo hizo). Tampoco se juzga un libro a partir de lo que aspiramos que sea –aunque nos tracemos casi siempre, con el anuncio de su título o el epígrafe del autor, un horizonte de lo esperado–.

Sí podemos, en cambio, ponderar el aporte de un trabajo editorial en determinada área del conocimiento (en el caso que nos ocupa en esta reseña, el histórico) en función de su originalidad, su enfoque crítico, el tipo de fuentes a las que recurre y cómo las interroga, o los debates y contribuciones académicas con los que discute o dialoga entre sus páginas. Ello nos permitirá sondear en qué medida el trabajo que ha caído en nuestras manos constituye, por así decirlo, un aporte significativo a la comprensión de determinados aspectos de la historia social urbana, o si se trata, por el contrario de un “refrito”

o un puñado de textos escritos con prosa elegante (más o menos relacionados entre sí por la temática que abordan), pero medianos al momento de sopesar su rigurosidad académica y enfoque crítico (que es lo que en la producción editorial finalmente cuenta). El libro *Insumisa vecindad. Memoria política del barrio de San Roque* es, nos parece, un ejemplo de esto último.

De entrada, el autor de la obra nos pone en un escenario (el de la historia social urbana de la ciudad de Quito en la larga duración) cuyo “escaso estudio” (nos dice) lo autoriza a hablar del tema (basta con señalar que determinado espacio del conocimiento es aún brumoso para que, sin mayor resistencia terminemos confiando en la pericia de quien nos advierte de la neblina): “Los pocos investigadores que se han interesado en la trayectoria histórica de las luchas populares en el Ecuador, han descubierto con sorpresa, la irrupción insumisa y combativa de una comunidad quiteña en el siglo XVIII: la vecindad de San Roque” (p. 9).

Sin embargo, ni son pocos los investigadores ni escasa la bibliografía sobre la participación de los sectores subalternos urbanos en la historia ecuatoriana (otra cosa es que el autor decida no referirse a ella, siquiera citarla, o en el mejor de los casos, “pellizcarla un poco” para mostrarnos que la conoce, aunque no esté integrada debidamente en sus reflexiones). Hay, al menos, una treintena de expertos de las ciencias sociales y las humanidades que, desde los años noventa del siglo XX realizan aportes significativos al estudio de los procesos históricos en el Ecuador desde el enfoque de los sectores populares, indígenas, afrodescendientes, mujeres, gremios y movimientos obreros; bajo el paraguas de la llamada *Nueva Historia del Ecuador*, que trabaja a contrapelo de las narrativas patrias tradicionales, esas que de tiempo en cuando enarbolan, como si de descubrimientos sin precedentes se tratase, viejas muletillas históricas y argumentos nada profesionales, como aquellos que encuentran indicios de ecuatorianidad en los vestigios precolombinos más antiguos (como si lo ecuatoriano hubiese sido inaugurado por Adán en el bíblico huerto del Edén, o establecido hace millones de años por alguna partida de cazadores del Paleolítico).

La idea central de *Insumisa vecindad* es que persiste en los habitantes del barrio de San Roque en Quito un componente genético o fenotípico de rebelión o insumisión, de protesta o transgresión, que los caracteriza, cuyos rastros serían fáciles de seguir a lo largo de su historia urbana: “La vecindad colonial de San Roque, fue [...] una prole innatamente rebelde; [...]” (p. 10). Esto debido a su condición de habitantes marginales de la ciudad colonial, cuyos componentes étnicos provienen mayoritariamente del mestizaje entre los pobladores originarios de la región y los grupos desplazados por los incas durante la conquista del norte andino, a los que se suman luego mestizos y blancos pobres, según la idea del autor. Así, según propone Espinosa Apolo, la insumisión y la

rebeldía sociales residen en una cierta “esencia” de los primeros habitantes de la zona en estudio (esencialismo ya advertido en otros de sus trabajos, donde las fuentes históricas seleccionadas funcionan más como soporte de un conjunto de anécdotas que como materiales para el análisis histórico). Lejos de funcionar como herramientas que conduzcan a la evaluación crítica del hecho histórico, las fuentes y la bibliografía empleadas por Espinosa son utilizadas como recurso para “afirmar históricamente” lo que presupone el autor es una conducta innatamente insumisa, producto de rasgos culturales propios de una condición genética y socialmente específica de los sanroqueños.¹

De este modo, la participación de los habitantes de la zona de San Roque desde el período colonial hasta el siglo XX (el libro describe diferentes revueltas y conmociones populares a manera de capítulos que se pueden leer de manera consecutiva o “saltada”, como si de relatos independientes se tratase), es narrada de modo que los demás habitantes de la urbe desaparecen de los acontecimientos contados, como si la ciudad de Quito fuese habitada solamente por personajes de la élite política y económica de la región, y los sanroqueños, siempre explotados, maltratados y vejados por aquellos, en una especie de versión maniquea de la historia social urbana que nos muestra una comunidad inestable, propensa a la rebelión y expuesta a la manipulación recurrente de las élites políticas y económicas locales que en no pocos episodios fue conducida “ideológicamente por los sectores dominantes”.

Si bien los habitantes de San Roque integraron en no pocos episodios de la historia urbana de Quito, movilizaciones urbanas de protesta y agitación social, esa inquietud social no es reducida de manera exclusiva a los habitantes de ese histórico barrio, oscureciendo así las variadas texturas sociales que tuvieron esas protestas, en las que participaron amplios y diversos sectores de la ciudad.

Para demostrarlo, el autor resume, por ejemplo (no tenemos el espacio en esta reseña para referirnos a todos los aspectos que se describen en el libro), los crímenes políticos del linchamiento del conde Ruiz de Castilla (pp. 130-137) y el de Eloy Alfaro y sus lugartenientes (pp. 157-165), episodios en los que el autor anuncia el protagonismo casi exclusivo de los habitantes de San Roque, quienes dejaron su particular impronta en el desenlace de ambos hechos: “[...] Muchos vecinos de San Roque participaron en dicha turbamulta [la que arrastró a Eloy Alfaro y sus lugartenientes], de ahí que el 28 de enero de 1912, aquella muchedumbre actuó siguiendo un viejo libreto que había sido escrito cien años atrás por esa misma vecindad insumisa. Eso explica la simi-

1. Ver los estudios introductorios de Manuel Espinosa Apolo en sus compilaciones, *Hablan los incas*, Quito, Taller de Estudios Andinos, 2000; y *La ciudad inca de Quito*, Quito, Tramasocial, 2002.

litud casi cinematográfica entre el arrastre de los Alfaro y la del conde Ruiz de Castilla. Además, es muy probable que los más avezados y sanguinarios soldados y artesanos que lideraron aquella turba –junto con el clérigo Serrano y el fraile Bravo de La Merced– hayan sido vecinos de San Roque” (p. 165).

San Roque es, en la pluma del autor, de una colectividad escandalizada, que se moviliza al vaivén de grupos e intereses externos a ella; una comunidad a ratos inconsciente, que “se deja llevar” sin mayor esfuerzo y por influencia de otros hasta la orilla de lo execrable.

Así, la obra que se anuncia como un esfuerzo por devolver a la escena de la historia a los sectores subalternos, por medio del relato histórico de su activa participación en la vida política de la urbe (mediante la protesta y la rebelión urbana) termina deformando esos mismos actores, a través de una construcción superlativa, casi ficcional de su intervención de aquellos hechos, recurriendo a bibliografía y fuentes históricas no como ejercicio de confrontación del relato histórico tradicional de los sectores populares de Quito y su injerencia en la historia local y nacional (para averiguar, en su tratamiento cuáles fueron las motivaciones o el marco situacional que dio origen a cada crisis); sino, más bien, como un recurso efectista que le permite al autor construir un relato de tono esencialista sobre un sector (que no el único) de la ciudad y sus avatares en la historia.

Por otro lado, nos parece que el esfuerzo del autor por reivindicar a los habitantes de San Roque como paradigma de la insumisión y la protesta popular, a partir de criterios fenotípicos o de conductas rebeldes innatas, termina caricaturizando la historia de las movilizaciones urbanas populares ocurridas en Quito, en las que sus actores se muestran como seres inestables, cuya insumisión reside más bien en un mestizaje problemático que a lo largo del tiempo se alimenta de diferentes vertientes culturales y sociales entre las cuales sobresale un supuesto “pasado inca”, remitiéndonos al candoroso cuento de la “resistencia de Rumiñahui” ante el avance de los conquistadores sobre el *quitu*.

Se aprecia, además, una total ausencia de diálogo con estudios considerados clásicos de la historia obrera de la ciudad de Quito, ineludibles –nos parece– para el estudio de los sectores subalternos en el siglo XX.² Haberlos tomado

2. Nos referimos a Milton Luna Tamayo, *Historia y conciencia popular. El artesanado en Quito, economía, organización y vida cotidiana*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1989; Guillermo Bustos Lozano, “Gremios, sindicatos y política. Transformaciones ideológicas y redefinición social de artesanos y obreros fabriles en Quito (1931-1938)”, inédito; y “La politización del problema obrero. Los trabajadores quiteños entre la identidad pueblo y la identidad de clase (1931-1934)”, en Simón Pachano, comp., *Ciudadanía e identidad*, Quito, Flacso, 2003; y Eduardo Kingman Garcés, *La ciudad y los otros. Quito 1860-1940. Higienismo, ornato y policía*, Quito, Flacso/Universitat Rovira i Virgili, 2008, 2a. ed., entre otros.

en cuenta hubiese provisto al autor de *Insumisa vecindad*, de herramientas de análisis e insumos que permitiesen una descripción más precisa de las maneras en que los sectores populares urbanos escenifican sus malestares sociales, se adaptan a distintos momentos políticos y plantean, en esas movilizaciones, formas propias de impugnación de dichos órdenes. Por el contrario, eludiendo estas dinámicas, Espinosa Apolo termina por glorificar en los sanroqueños su carácter de personajes violentos, revoltosos y “buenos puñetes” (como en la parte final lo caracteriza), al vaivén de su manipulación política, quitándoles en su descripción histórica toda posibilidad de articular procesos sociales, con arreglo a su propia economía moral (agremiación y sindicalización).

Insumisa vecindad. Memoria política del barrio San Roque, es un libro muy bien escrito, pero ¿se trata de un aporte novedoso en torno a la historia social de una ciudad del norte andino, que nos permita dilucidar el funcionamiento de la protesta social urbana, o es, más bien, un ejercicio más o menos divertido de imaginación histórica, a propósito de las revueltas urbanas de Quito y uno de sus barrios tradicionales?

Santiago Cabrera Hanna

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

FRANKLIN CEPEDA ASTUDILLO, **RIOBAMBA. IMAGEN, PALABRA E HISTORIA**,
RIOBAMBA, CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA BENJAMÍN CARRIÓN,
NÚCLEO DE CHIMBORAZO, 2001, 286 pp.

Este libro es una recopilación extensa de más de trescientas fotografías, minuciosamente seleccionadas sobre la ciudad de Riobamba, y que se complementa con la presentación de avisos, propagandas, hojas volantes, manifiestos, caricaturas, viñetas, sellos (elementos gráficos de la prensa riobambeña); poemas de Remigio Romero, Rafael Herrera, Euler Granda, Miguel Ángel León y testimonios escritos tomados de revistas, crónicas, folletos, periódicos de la época; así como textos provenientes de obras de carácter académico sobre la ciudad, como *Relaciones interétnicas de dependencia en Riobamba* (1997) del antropólogo Hugo Burgos. Elementos que, según su autor, “procuran ser una especie de correlato con las temáticas visuales”. Entre estos materiales destaca un mapa topográfico de Riobamba en los años treinta proporcionado al autor por el geógrafo histórico Jean-Paul Deler. La recopilación de las imágenes, hecha por Cepeda, contó con el aporte de diferentes instituciones privadas y públicas, además de colecciones personales y familiares.

La obra busca captar gráficamente, desde diferentes ángulos, diversos aspectos de la vida de Riobamba; nos ofrece un acercamiento, entre otros, a la vida cotidiana, que de acuerdo a la socióloga Elizabeth Jelin “está constituida

fundamentalmente por rutinas, comportamientos habituales, no reflexivos, aprendidos y repetidos”. Las fotos que, a criterio del autor, tienen especial relevancia ocupan una página completa. La mayor dificultad que enfrentó el autor fue la identificación exacta de las fechas de las fotos, así como los créditos de sus autores o propietarios, de allí que la información en pies de fotos no sea totalmente exhaustiva.

El arco temporal que abarca el libro va desde fines del siglo XIX y llega al presente. La obra se divide en cuatro partes, precedidas de una síntesis general de la historia de Riobamba, desde el reasentamiento en la llanura de Tapi, hasta los primeros años de siglo XXI, y un breve relato de la historia de la fotografía en Riobamba, ya publicado anteriormente. Esta introducción, si bien toma referencias de varios estudios históricos sobre la región de la Sierra central y la urbe riobambeña, ha dejado de lado aportes significativos para la comprensión de las lógicas sociales, culturales y las relaciones de poder que se tejieron en ese escenario durante la época colonial, nos referimos, concretamente, a Rosemarie Terán *et al.*, *La antigua Riobamba, historia oculta de una ciudad colonial* (2000), obra que, aunque consta en la bibliografía, no es referida en el cuerpo del estudio introductorio.

Los apartados que integran *Riobamba. Imagen, palabra e historia* son presentados a modo de una obra de teatro. Así, el “Acto Primero, ‘Despertando a un nuevo siglo’” muestra fotografías de la ciudad desde fines del siglo XIX hasta la primera mitad del siglo XX. En este capítulo pueden apreciarse lugares representativos de Riobamba como las iglesias: Catedral, la Basílica, la Merced, San Alfonso, San Antonio; parques como el Maldonado, la Libertad y Sucre, monumentos, mercados, la Estación Ferroviaria; calles principales; los colegios San Felipe Neri y Maldonado, barrios como Bellavista, el estadio Olímpico...

El “Acto Segundo, ‘Álbum de Familia’”, ofrece un acercamiento a los grupos humanos que habitan esta ciudad del centro de la Sierra ecuatoriana. Comparten el “escenario” las “familias de abolengo”, o de “sangre azul” con los sectores subalternos: trabajadores, obreros, campesinos, indígenas... Estos personajes aparecen en el *dossier* en sus diversas facetas: obispos, estudiantes, religiosos, obreros, amas de casa, policías, militares, deportistas, reinas de belleza, comerciantes, taxistas, músicos, artesanos, ferroviarios, presidentes, alcaldes... El autor concede, en su recopilación gráfica, espacio significativo a manifestaciones y rituales públicos como procesiones religiosas, desfiles cívicos, cortejos fúnebres, protestas, mítines políticos, encuentros deportivos...

La obra de Cepeda se distancia de tradicionales monografías sobre Riobamba realizados el siglo XX como las de Rodolfo Maldonado (1930), Julio Castillo (1942, 1964) o publicaciones recientes como las de Carlos Ortiz (2008) y Gladys Barriga (2008) en las que se destacan a actores individuales,

hombres en su mayoría, calificados como “gente de bien” y que subrayan, especialmente, su origen nobiliario. Por el contrario, el autor procura dar espacio visual a aquellos personajes que, tradicionalmente, no han aparecido en esos trabajos.

No podían estar ausentes las imágenes de los hechos trágicos y deplorables de la urbe riobambeña como el estallido del polvorín de la Brigada Galápagos (2001), el robo de la Custodia del museo de las Conceptas (2003) y el incendio del colegio San Vicente de Paúl (2009); como también triunfos y logros de la ciudad como el Campeonato Nacional de Fútbol obtenido por el Centro Deportivo Olmedo, el equipo de la ciudad (2000) o la primera edición ecuatoriana del *Quijote* realizada por Cepeda Astudillo.

El “Acto Tercero, ‘Albores de un nuevo milenio’”, pasa revista a fotografías captadas desde mediados del siglo anterior hasta el presente, apartado en el que el libro presenta a “la ciudad y sus sitios, sin duda con distintas atmósferas...” La obra muestra las transformaciones en la urbe, especialmente de su patrimonio arquitectónico: construcciones derrumbadas, cambios urbanísticos, a veces muy criticados, y la morfología que la ciudad ha tomado en los últimos años. Los testimonios escritos que acompañan a las imágenes revelan la manera como fueron asumidos por los riobambeños:

En relación al retiro de las verjas del Parque Maldonado, hemos auscultado el sentir ciudadano [...] Otros dicen: Han desaparecido las verjas artísticas que fueron traídas de Europa. Han desaparecido las históricas verjas que nuestros antepasados las hicieron construir y que significaba el fruto del espíritu de los riobambeños. [...] En general, hemos podido colegir que el descontento de la ciudadanía por el retiro de las verjas del mencionado parque es casi unánime (pp. 204-205).

La última parte, “El Gran Final,” reproduce un grupo de postales conmemorativas distribuidas en la inauguración del servicio de agua potable de Riobamba (1913), a las que se agregan fotografías panorámicas y aéreas de la ciudad en blanco y negro y en color.

El libro se completa con una detallada cronología de la ciudad en el siglo XX, hasta la primera década del XXI, de la prensa y publicaciones periódicas de Riobamba; aportes que se suman a los realizados anteriormente por Carlos Rolando, Carlos Riofrío, entre otros. La obra se cierra con una lista de los obispos, presidentes del Consejo Municipal, alcaldes de Riobamba y los presidentes de Casa de la Cultura, Núcleo de Chimborazo, y una bibliografía básica sobre la ciudad.

De esta forma, el libro provee de un significativo acervo visual que contribuye a la investigación histórica sobre la ciudad y su ámbito.

Sin embargo, el autor pudo incluir en el estudio introductorio, así como en la recopilación de escritos, aportes que, de alguna manera, ubiquen a Riobamba en el contexto de las relaciones interregionales con otras poblaciones y espacios, que permitan apreciar cómo la ciudad de Riobamba, en su devenir en el último siglo, se articuló al “espacio nacional” al que se refiere Jean-Paul Deler. La historia regional es un aspecto necesario en los estudios de esta índole, que “crea también o acentúa heterogeneidades superestructurales”, según anota el sociólogo Rafael Quintero.

Al tratarse de un trabajo sobre el desarrollo urbano y espacial de Riobamba, la obra pudo dialogar con bibliografía especializada sobre la evolución del espacio ecuatoriano y la influencia de la cuestión regional en dicha articulación, como: *Ecuador, del espacio al Estado nacional* (2007, 2a. ed.), de Jean-Paul Deler; *Los poblados del Ecuador* (1990), de Alain Dubly; o *Historia y región en el Ecuador, 1830-1930* (1994), de Juan Manguashca, edit.; lo que hubiera abonado en una mejor comprensión y análisis de los cambios que experimentó Riobamba a lo largo del siglo XX y de los primeros años del siglo XXI, así como en la presentación de un trabajo menos nostálgico y más cercano a poner en perspectiva el desarrollo de la urbe riobambeña en el contexto de las transformaciones políticas, sociales y culturales del país.

Lenin Garcés Viteri
Colegio San Felipe Neri

ANDRÉS GUERRERO, *ADMINISTRACIÓN DE POBLACIONES, VENTRILOQUIA Y TRANSESCRITURA. ANÁLISIS HISTÓRICOS: ESTUDIOS TEÓRICOS*, LIMA-QUITO INSTITUTO DE ESTUDIOS PERUANOS (IEP)/FLACSO-ECUADOR, 2010, 546 pp.

Esta nueva compilación de trabajos de Andrés Guerrero pone a disposición del público ecuatoriano el conjunto articulado de elaboraciones que el autor ha venido componiendo en las dos últimas décadas. Su tema central es la dominación étnica dentro de un Estado republicano donde prima formalmente la igualdad ciudadana. Si uno sigue el largo pliegue de la obra histórica de Andrés Guerrero, esta compilación cobra su pleno significado.

Si excluimos la conocida obra *Los oligarcas del cacao*, que, en cierta forma, sigue un hilo polémico distinto (aunque relacionado), los trabajos tempranos del autor, escritos en los años 1970, se centraron en el proceso de transformación, modernización y reforma agraria en la Sierra ecuatoriana. El período reformista constituyó evidentemente un quiebre en la larga duración de los sistemas de organización económica y social en el país al desarticular los mecanismos oligárquicos de extracción de renta en trabajo. Durante los años 1980, enfocó sus esfuerzos en estudiar el modo de funcionamiento del

sistema de poder *anterior* a las reformas agrarias y que hacía viable la extracción de renta: examinó en detalle el funcionamiento de la hacienda como una estructura política, como un modo de dominación organizado alrededor de la lucha por la distribución de la producción agraria. Hacia el fin de ese período de trabajo, el académico se encontró y se vio marcado por el levantamiento indígena del año 1990 y por el notable protagonismo autónomo de un poderoso movimiento social. A la luz de esa realidad presente, buscó mostrar cómo el período de los años 1960 y 1970 marcó no solo una transformación en las estructuras socioeconómicas, sino el inicio del fin del poliedro de poder local que dominó la Sierra ecuatoriana durante más de un siglo. Abrió los cauces que llevaron a una transformación secular: los indígenas hablaban ahora con voz propia, con sus propios dirigentes, formulando sus propias reivindicaciones, y se sentaban con autoridad en la mesa grande de la negociación política pública. Era definitivamente un hecho revolucionario.

En el marco de esa evolución temática, los artículos de esta nueva compilación hacen la disección del modo de funcionamiento del sistema de dominación étnico previo a las transformaciones reformistas de mediados del siglo XX, pero ya no en su sede de nacimiento y en su sostén estructural, la hacienda, sino en las estructuras locales del Estado, esas estructuras que precisamente se vieron desplazadas por la *delegación* de su poder de administración de las poblaciones indígenas a los espacios privados regidos por el patrón. El problema de fondo que Guerrero se plantea a lo largo de las páginas de estos artículos es cómo un Estado que no puede reconocer oficialmente la existencia de la dominación étnica, pues está comprometido formalmente con la igualdad ciudadana, la ejerce y la reproduce. Para hacerlo, el enfoque de los artículos del libro opera en un triple movimiento.

Primero, estudia las ramificaciones periféricas del Estado, sus estructuras más descentralizadas, parroquiales, allí donde se vuelven neblinosas las distancias entre lo público y lo privado y donde, por defecto y error, emergen a veces, inadvertidamente, los ocultos modos de administración étnica. Segundo, analiza el trabajo de los intermediarios que caminan en los linderos de la representación de quienes están vedados de hablar por sí mismos: los ventrílocuos y los que “transcriben” al lenguaje estatal las inaccesibles demandas, voces y búsquedas escondidas de los dominados. Tercero, se preocupa de aquellas fisuras en la malla de la dominación nacida del perfil hacendatario: los intereses de los comuneros autónomos (los “indígenas sueltos”, tan importantes en Otavalo), de los artesanos, de los mestizos pueblerinos, de las resistencias que emergen inevitablemente en los intersticios de toda dominación.

En el primer artículo, “Curagas y tenientes políticos”, se fijan los límites y contornos de la temática: toda ella gira alrededor de un hecho decisivo, la abolición del tributo en 1857, es decir, el fin del reconocimiento *oficial* de

la desigualdad ciudadana. A partir de entonces se desencadenan cambios importantes tanto en las relaciones de los indígenas con el Estado como en los operadores de la intermediación. En primer lugar, las autoridades tradicionales hereditarias, los caciques, son desplazados por autoridades designadas por el Estado y reclutadas en los pueblos mestizos, los tenientes políticos. Diferentes instancias del Estado local, los jefes políticos o los concejos municipales, pugnan por convertir a los caciques en simples empleados encargados de tareas coercitivas y de policía. Hacia fines del período garciano, incluso el nombre colonial de “caciques” había desaparecido a favor del de “curagas”, forma degradada de un antiguo poder comunal más amplio. Forzados a cumplir tareas como el reclutamiento forzoso de peones para las obras públicas y encontrar a los fugados entregándolos a los tenientes, los curagas perdieron autonomía y probablemente legitimidad comunal. El Estado debilita así las formas comunales de autoridad, al tiempo que refuerza su propio aparato de intermediación en los confines periféricos de las instituciones.

La ruptura de 1857 también significó un cambio en los agentes intermediarios oficiosos y oficiales entre el mundo definido de los ciudadanos y el “desdefinido” (porque nunca se aclara jurídicamente) de los no-ciudadanos. Así, el cuarto capítulo, “los protectores de indios republicanos”, se concentra en un tipo específico de intermediarios propios del período *previo* a la abolición del tributo. Con la reinstauración del tributo en 1828, los fiscales son designados como “protectores”, figura de origen colonial cuyas funciones van restringiéndose paulatinamente a lo civil y penal hasta su supresión en 1854. El objetivo del artículo es tratar, a propósito de los protectores, tres problemas. Primero, la redefinición de los indígenas como “personas miserables” y “menores de edad”. Así se justifica su condición “desdefinida”. Aquí el texto llama la atención, a partir de casos de intervención judicial en Otavalo, sobre la delegación práctica de la “protección” de los indios conciertos o gañanes a los hacendados: la autoridad estatal periférica no puede intervenir en ese espacio autónomo y esa es una queja constante de los funcionarios menores. Segundo problema, el proceso de “transescritura” propio de los protectores y de los escribas del Estado, los notarios, lo que implica rodear la voz directa de los no-ciudadanos indígenas en los documentos judiciales en una “bruma inescrutable” para los historiadores. La transescritura, en efecto, supone convertir “los reclamos de los indígenas en secuencias tácticas fundidas en el molde de los códigos jurídicos y adecuadas a las correlaciones de fuerza político-burocráticas de la coyuntura” (p. 269). El trabajo de esos escribas es, sin embargo, casi lo único a lo que tenemos acceso porque la justicia oral en los despachos de las comisarías parroquiales es aún más inescrutable, reducida en los poquísimos libros de actas de demandas que se conservan, a unos pocos gestos formales despojados de toda la ritualidad y la fuerza activa de la

presencia física. Tercero, la construcción local del Estado en rutinas jurídicas ritualizadas que instauran la autoridad estatal ante los ciudadanos y ante los sujetos indios republicanos. El análisis de los juicios escritos cantonales o los juicios orales parroquiales apenas destilan infinitesimalmente el ambiente y las reglas prácticas de la intermediación. Ante la negativa de los documentos, Guerrero se aferra a mostrar la forma en que la función del protector debía inmiscuirse en los conflictos de la élite blanco-mestiza pueblerina y de los hacendados de alcurnia, así como a mostrar la función ratificadora de los rituales codificados que sancionaban el ejercicio de la autoridad estatal. Si el protector, al hablar en nombre de los indígenas, actuaba en el ritual como un renegado contra sus verdaderos *inter pares*, los rituales revelan la importancia de la creciente injerencia de los funcionarios estatales en los mismos conflictos comunales que antes se saldaban internamente.

Una vez suprimida la figura oficial de los protectores en 1854, emerge en los documentos la figura de los “tinterillos” (objeto del capítulo V). Se trata de un tipo de intermediario informal, letrado, al parecer generalmente no abogado, que nunca firma en los juicios, que actúa como defensor y procurador de los indígenas, al tiempo que es denostado constantemente por los funcionarios estatales como el verdadero promotor de la “insolencia” de los no-ciudadanos. Los tinterillos eran ciudadanos que en sus actividades privadas a veces llegaron a comisario municipal, en ocasiones eran escribanos y en algún caso accedieron al cargo de jefe político durante el período liberal. En este caso, los dramáticos silencios y penumbras del archivo deben ser leídos y completados con la experiencia del antropólogo: solo el trabajo de campo contemporáneo permite al historiador intuir en diminutas y esporádicas palabras escritas al azar en los pesados legajos judiciales, las estrategias de acercamiento con “compadres blancos”, o los cálculos que presidían entre los indios la selección del aliado circunstancial. Guerrero opta también por la estrategia de relacionar lo que conocemos del contexto nacional y local con la acrecentada presencia de los tinterillos. Más específicamente, varios casos revelan momentos favorables en la coyuntura de la Revolución liberal, en la presencia de funcionarios estatales más sensibles ante la condición de la “desgraciada raza indígena”, y en la creciente aparición, luego de la segunda década del siglo XX, de abogados y ciudadanos ligados al Partido Socialista.

La coyuntura liberal es favorable en parte por un juego de relaciones de fuerza donde los indígenas eran una pieza sin voluntad propia. En efecto, el segundo capítulo, “Una imagen ventrílocua”, analiza el discurso liberal, codificado finalmente por Abelardo Moncayo, sobre el indio sumiso, oprimido y degradado que requiere la protección del Estado. La delegación de la administración étnica a las haciendas es denunciada como forjadora de la opresión y la degradación de la raza. Se habla por los indios y en su nombre,

pero ante todo como peones de una lucha contra los conservadores, donde lo que interesa no es tanto la situación que se denuncia, sino el debilitamiento del adversario político: una imagen manipulada en los juegos de poder de élites blanco-mestizas. Si el período liberal representó un intento de seguir ampliando las fronteras de la intervención estatal al prestar oídos a las quejas contra los hacendados, al legislar sobre los jornales en las haciendas, y al eliminar simbólicamente el concertaje, dejó sembrada la imagen degradada de un sujeto indio sin voluntad propia, necesitado de protección.

El libro cierra con un análisis contemporáneo donde Guerrero compara la situación de los indios ecuatorianos del siglo XIX con la de los inmigrantes africanos en la España del siglo XXI. El punto a resaltar es que junto a las nociones y prácticas jurídicas de ciudadanía oficial, existen otras ciudadanías configurada por el “sentido común”. Así, bajo la forma de convencimientos colectivos, se sitúa a determinadas personas, asociadas a ciertos rasgos exteriores, a la forma de vestir, a la lengua hablada (quichua o árabe), o la tenencia o no de “papeles” en regla, como *inter pares*, como ciudadanos iguales, mientras otros no lo son. En este texto, además, se resumen varios de los argumentos anteriores, se señalan los problemas del archivo, se ubican los conceptos básicos del análisis teórico: las narraciones modélicas, la ciudadanía del sentido común, la administración de poblaciones, la representación y, se añade uno, el discurso y la propuesta de la “inclusión”.

El libro retoma, aclara y detalla los modos de administración y de dominación social que Andrés Guerrero ha venido trabajando en los últimos 25 años. Pero esta vez, mucho más que en sus obras anteriores, el autor desentraña las incertidumbres y frustraciones de quien quiera estudiar la historia social de los sectores subalternos. Faltan fuentes, se recorren archivos, se leen miles de legajos y apenas se puede expresar una gota de información útil, enmarañada en la voz y la intervención de los intermediarios. El intento merece reconocimiento y también la prudencia en las conclusiones y los argumentos: el autor no imagina un subalterno contrahegemónico siempre dispuesto a la contestación. Restituye su agencia contradictoria y su constante vaivén entre la adaptación y la resistencia.

Pablo Ospina Peralta

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador

